

# 60

**60.a**

60 AÑOS  
**ESCUELA DE NEGOCIO**  
1953/2013



**UAI**  
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ





CAMPUS PEÑALOLÉN





| CAMPUS VIÑA DEL MAR





| CAMPUS PEÑALOLÉN, EDIFICIO DE POSTGRADO

01



---

**PRESENTACIÓN**

---

La Universidad Adolfo Ibáñez, realizó una solemne ceremonia con motivo de los 60 años de la Escuela de Negocios y los 100 años del natalicio de su fundador, Pedro Ibáñez Ojeda. Juntar ambos eventos no es motivo del azar. Porque así como es imposible imaginar la historia de la Escuela sin la impronta de su fundador; también es difícil analizar la obra de don Pedro, sin tener presente la influencia que ejerció en su vida su querida Escuela.

Una historia que partió en junio del año 1953, al alero de la Universidad Católica del Valparaíso, fecha en la que cinco alumnos ingresaron a la recién creada Licenciatura en Administración. Sesenta años después, esa incipiente Escuela de Negocios, es la mayor del país y una de las más prestigiadas. Su ámbito acción, primero en Valparaíso, luego en Santiago, abarca distintos países de América Latina, al tiempo que imparte programas de postgrado en los Estados Unidos. Por ello, es calificada frecuentemente en los ranking internacionales como la mejor de la región.

Todo esto es fruto de mucha gente que, a lo largo de estos 60 años, ha desempeñado diversas funciones directivas. También, a un cuerpo de profesores de excelencia y formado en las mejores universidades del mundo. Y, por supuesto, al prestigio de sus más de 15.000 egresados que hoy trabajan en más de 43 países.

Pero este recuento sería muy incompleto, sino reconocemos hoy también, el aporte que ha significado la presencia continua de la familia Ibáñez. La visión de don Adolfo; el coraje de don Pedro; el apoyo, quizás más silencioso, pero fundamental de don Manuel Ibáñez. Al gestor de la universidad y primer rector, Gonzalo Ibáñez. Y estos últimos años, al trabajo invaluable de Pedro Ibáñez, nuestro arquitecto, paisajista y, sobretudo, impulsor de grandes

transformaciones académicas. Junto a él, también quiero destacar el apoyo permanente, desde la Junta Directiva, de Nicolás Ibáñez

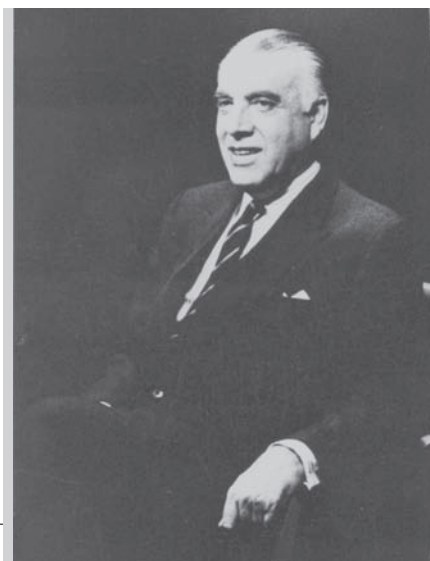
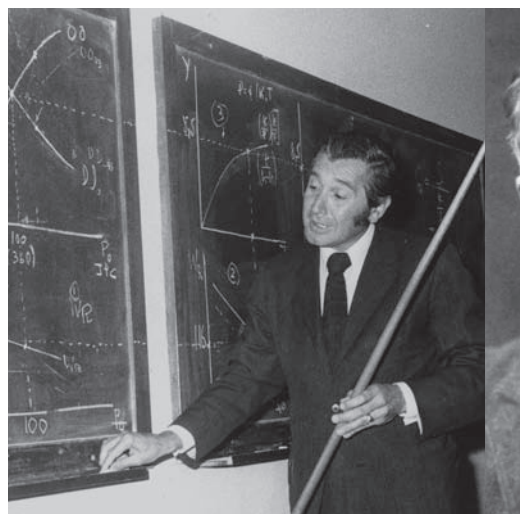
Más allá de las personas, durante todo este tiempo, la familia Ibáñez, a mi entender, a cumplido dos roles claves: velar por la tradición, que nos conecta con nuestra historia; e impulsar la necesaria innovación que nos mantiene jóvenes y despiertos, buscando hacer siempre un aporte distintivo al país. Pero todo esto, ha sido acompañado por algo fundamental: el necesario respeto por la institucionalidad de la universidad y a la diversidad de opinión de sus académicos.

Este libro, que busca ser un testimonio de esta historia, contiene tres textos. El primero, del presidente de la Junta Directiva, Pedro Ibáñez, que se refiere a la historia de la Escuela y cómo ella transita hacia la universidad que hoy la acoge. Posteriormente, la decana de la facultad Artes Liberales, Lucía Santa Cruz, hace una reseña de la obra y legado de su fundador. Finalmente, Gonzalo Ibáñez, nos entrega un recuerdo de la vida de su padre.

Pensamos se trata de textos fundamentales para entender los primeros 60 años de la Escuela de Negocios y, también, para proyectar los muchos que vienen.

ANDRÉS BENÍTEZ PEREIRA,  
RECTOR UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ  
25 DE OCTUBRE 2013







02

---

## 60 AÑOS DE HISTORIA Y DESAFÍOS

---

por Pedro Ibáñez Santa María,  
Presidente Junta Directiva Universidad Adolfo Ibáñez

Es una gran oportunidad poder juntarnos en este aniversario. Agradezco la presencia de muchas visitas distinguidas que hoy nos acompañan, de los profesores de la Universidad, de los representantes de los alumnos y de una numerosa partida de miembros de la familia Ibáñez que hoy día llegan hasta la quinta generación a partir de nuestro inspirador y antepasado, don Adolfo Ibáñez

Un aniversario nos permite recordar la historia de la institución o algunos hechos anecdóticos o los usos y costumbres o, por último, recordar, reevaluar o difundir los fundamentos y los principios que dieron origen a nuestra institución y que están detrás de su diario acontecer. Es a esto último a lo que me quiero dedicar en esta oportunidad. Porque, a pesar de los 60 años, la UAI es una institución nueva todavía y merece, en consecuencia, verificar y si es necesario replantear algunos de sus fundamentos, teniendo presente que miramos a un futuro de larga duración. Los elementos centrales de dichos principios se pueden recoger de variados textos y están resumidos en lo que es hoy nuestra misión como Universidad. Hay que recordar que en este lapso de 60 años, la Escuela de Negocios dio origen a la Universidad. Por lo tanto, resulta difícil separarlas al hacer este análisis.

Sin embargo, para dar cuenta cabal de esta revisión que hoy intentamos, me ha parecido fundamental no quedarse solo en el plano de las ideas, sino repasar las experiencias de vida del que fue el inspirador, don Adolfo Ibáñez, del fundador, su hijo don Pedro Ibáñez, y de los principios a que ellos subordinaron sus vidas. Lo que ellos hicieron -más que lo que dijeron- resulta

tal vez más completo y profundo para delinear lo que hemos sido, lo que somos y hacia dónde debemos encaminar nuestros pasos.

Tras la muerte de su padre, don Adolfo, un joven de 16 años y con apenas educación secundaria, debió convertirse en el sostén de la familia y enfrentarse una vida de duro trabajo. Su familia carecía de medios económicos, probablemente, porque su padre partió de niño a Estados Unidos, se aficionó a la literatura inglesa, y a su regreso a Chile no tuvo las posibilidades de tener una actividad demasiado lucrativa.

Don Adolfo comenzó trabajando como aprendiz, tal como se usaba en esa época, y así aprendió a dominar las técnicas para manejar los negocios. Pero se dio cuenta de que para ser dirigente de negocios se debía desarrollar una visión más amplia respecto de los problemas y del mundo, tener una perspectiva de largo plazo y poder evaluar el entorno. Frente a estas carencias, optó por complementar su aprendizaje de negocios con la lectura y el estudio en lo que podría llamarse una formación integral: así adquirió competencias en historia, en lenguas, en literatura y estudió con cuidado los avances de la ciencia. Él añoraba haber tenido una educación más completa y lo hacía ver cuando nos decía que “la educación es la herramienta para comprender de mejor forma la realidad y tener más ayuda cuando se trata de avizorar el futuro.” Lo que logró a través de sus estudios como autodidacta le hizo posible, tanto en el mundo empresarial como en el público, desempeñarse destacadamente junto a otros hombres de educación avanzada. Su principal característica fue que los temas que trataba, lo hacía siempre con profundo conocimiento.

En 1922, a los 42 años de edad, llegó a la posición más importante de su empresa, como socio principal. Cuando cumplió 45 años, se produjo un punto de inflexión en su vida y señaló que “su programa de vida económica y personal había estado completo”. ¿Que significaba esto? Que



pudo dedicarse con libertad a los otros intereses que había desarrollado. Y así es como en aquella época inicia su vida pública, gremial y política

Sea en sus múltiples artículos en diarios, o en la dirigencia de gremios de la producción y el comercio, hizo planteamientos económicos y sociológicos bien fundamentados y novedosos, defendiendo la opción de los hombres de trabajo, aquellos que produjeran riqueza. Esta participación en el debate público le valió para ser nombrado ministro en primer gobierno del General Carlos Ibáñez. Sin embargo, luego se dio cuenta de que nada serio podría hacer en ese cargo ya que más importante que las ideas y las realizaciones que pretendía llevar a la práctica, la política de aquel entonces le imponía sesgos demagógicos y populistas que no estaba dispuesto a aceptar, por lo que renunció.

Su continuo interés por lo público y por promover ideas y principios que consideraba fundamentales, lo llevaron, en 1932, a crear un partido político, la Acción Republicana. Durante la crisis de los años 1929 al 32, y a pesar de ella, no abandonó su espíritu público y en aquellas difíciles circunstancias declaró: “No nos limitaremos a considerar nuestra situación personal, la de nuestras familias o la de nuestros negocios sin mirar como algo propio la situación del país”.

En esta época todavía era un hombre activo en los negocios, y don Adolfo ya tenía claro que era necesario que muchas más personas adquirieran la preparación necesaria para vincularse al mundo comercial. Durante esos años empezó a darle forma a la idea de crear lo que llamaba “una escuela para dirigentes de empresas”. Como viajaba bastante, había estudiado lo que sucedía en Estados Unidos, en donde en 1908 se creó la Escuela de Negocios de Harvard (Harvard Business School) y en 1925, la de Stanford. Probablemente también conoció al señor Bocconi, quien fundó a comienzos de siglo una escuela de negocios en Milán. Sin duda, estas iniciativas influyeron en él, pero pienso que más que ello lo fue su propia experiencia personal: el tiempo

que le tomó como aprendizaje captar las técnicas de administración y luego las dificultades y desvelos que tuvo para adquirir su formación general. Cuántos ahorros de esfuerzos y de tiempo se podrían ganar si tales aprendizajes fueran sistematizados y bien organizados y enseñados por gente competente en una escuela. Desde luego, el objetivo era resumir ahí las técnicas comerciales y la formación de dirigentes, lo que hacía necesario desarrollar en los alumnos una capacidad de pensamiento crítico y analítico que les permitiera identificar y resolver mejor los problemas, generar nuevos conocimientos y adaptarse a las circunstancias cambiantes del mundo.

Don Adolfo hacía un paralelo con la Escuela de Sagres, fundada en 1417 por Enrique el Navegante de Portugal, quien visualizó con anticipación la era de los descubrimientos y quiso formar gente que fuera protagonista en ellos. La escuela de dirigentes de empresa que Adolfo imaginaba debía ser protagonista en los nuevos desafíos e ideas en un mundo que ya se mostraba en constante transformación, especialmente en lo económico y en lo político. Para él también era importante que la tal escuela apoyara la prosperidad de la empresa privada en desmedro del estatismo e intervencionismo que en esa época ya asolaba el emprendimiento.

Pedro Ibañez, hijo de don Adolfo, fue el creador junto a sus hermanos de la Fundación Adolfo Ibáñez y luego el fundador, en 1953, de la Escuela de Negocios. Como a continuación se le rendirá un homenaje, solo quiero decir aquí que, al igual que su padre, tampoco fue a la Universidad, también entró a trabajar muy joven aunque en su caso no fue por necesidad. Hizo la educación en el Liceo de Valparaíso donde aprendió alemán y recibió una educación muy completa. En los años siguientes, aprendió piano en un nivel aceptable, y otros idiomas como el inglés, francés, italiano y bastante portugués. Paralelamente, y al igual que su padre, a su carrera para llegar a ser dirigente de empresa dedicaba muchas horas a la lectura, principalmente, de literatura, historia, poesía (¿sería esta una herencia de su abuelo educado en Estados Unidos y aficionado a la literatura?). Don Pedro fue, sin duda, poseedor de una cultura

muy amplia que se demostró en diferentes instancias. Entre otras, cuando tal como su padre se interesó por los problemas públicos, primero como dirigente gremial y luego en la política, donde fue elegido senador a los 48 años y tuvo una destacada actuación.

Tanto las líneas gruesas como los matices de su vida expresan, al igual que los de su padre, nítidamente el ideario que hubo detrás de la fundación de la Escuela de Negocios, que marcan el camino a la Universidad y dan idea y carácter respecto de su futuro.

Es interesante recordar que poco después de haberse creado la Escuela de Negocios se instituyó el rango denominado Miembro Académico Honorario. Creo que los tres primeros personajes que recibieron esta nominación reflejan bien los propósitos de la escuela: Uno, Francisco Antonio Encina, famoso historiador chileno autor del análisis sociológico, económico político “Nuestra inferioridad económica”. Aquí se ve el interés de don Pedro por explorar junto a Encina las raíces más profundas de nuestra problemática económico y social. El segundo en recibir este rango, Ludwig Erhard, Ministro de Economía en la post guerra y luego Canciller de Alemania, fue autor del milagro que llevó a su país a salir de la ruina y llegar a la posición de hoy. Fue el impulsor de la llamada economía social de mercado y su lema era el de” bienestar para todos”. Erhard no solo fue un inspirador para la escuela sino también para don Pedro en sus múltiples intervenciones públicas, tanto en el Senado como en los medios de comunicación. El tercero es Friedrich von Hayek, economista austríaco, filósofo, padre y promotor del liberalismo moderno que no necesita mayor presentación

La elección de estos personajes, con su pensamiento y su obra, demuestra mejor que nada el análisis y la filosofía que hubo detrás de la Escuela de Negocios y hoy de la Universidad. Durante los años 60 y 70 del siglo pasado, estas distinciones no se hicieron con el único propósito

de entregar un reconocimiento académico. La exaltación de las figuras y obras de estos personajes estaba destinada a revelar la necesidad de que se impusiera en el país un sistema de libertad económica

Es así entonces cómo las visiones de Adolfo y de Pedro resultantes de sus actividades y experiencias público privadas, preveían formar personas que desde su ámbito, la empresa, entiendan que tienen un rol en el país. Que un alto dirigente no solo administra su empresa, sino que su acción y su visión deben llegar más allá, porque son fundamentales.

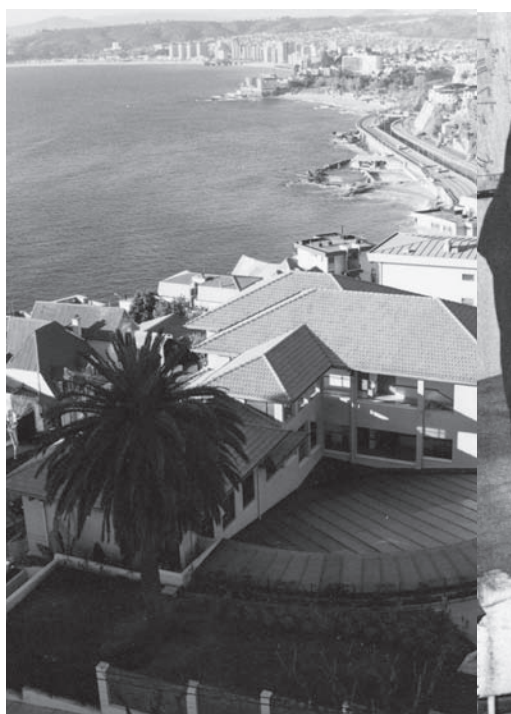
Aunque celebramos hoy los 60 años de la Escuela de Negocios, no debemos olvidarnos de que la Universidad se creó a partir de esa escuela y, por tanto, resulta difícil hacer una distinción entre ambas. En materias reglamentarias estoy de acuerdo con el Rector en cuanto a que no procedería conmemorar hoy el aniversario de la Universidad, pero sí debemos tener claro que estamos celebrando los 60 años de los principios que actualmente nos rigen y que se dieron forma en la creación de una escuela de “Altos Dirigentes”. En ese sentido, sí podría ser un aniversario más de la universidad. Porque aquellos principios que fueron el fundamento de la EN son hoy el fundamento de la Universidad y serán en el futuro aquellos que guíen nuestra acción.

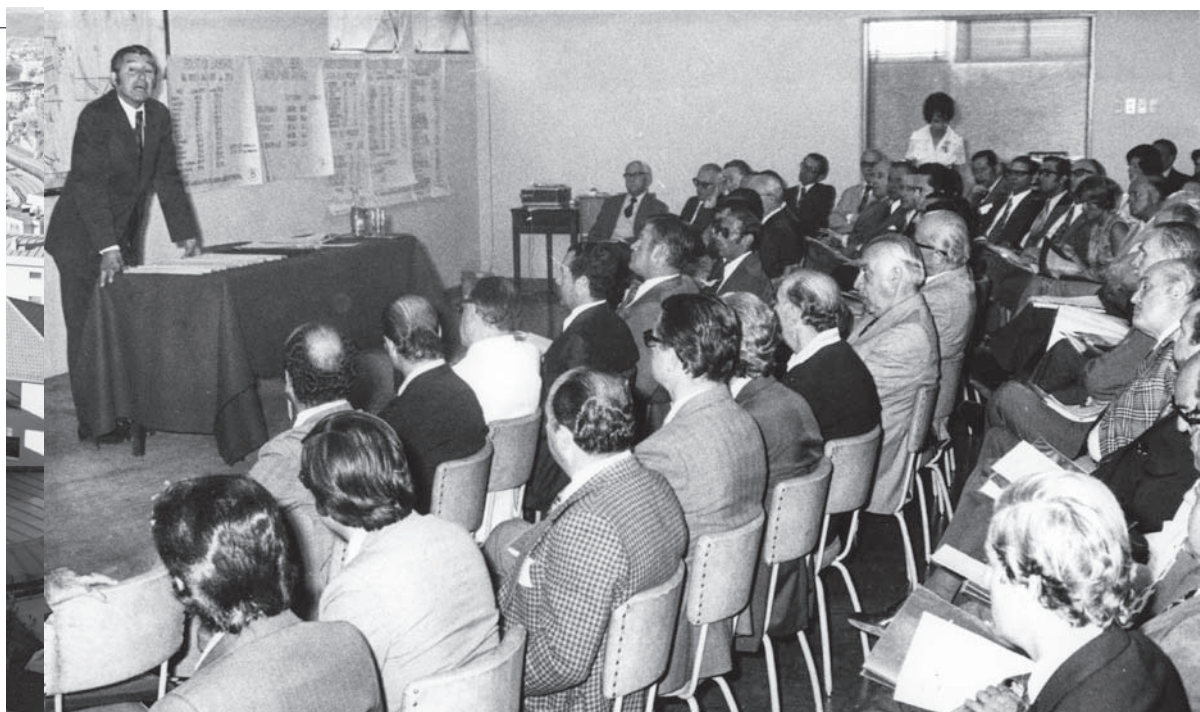
No quiero que aquí se entienda que, siguiendo el ejemplo de los fundadores, los jóvenes podrían no venir a la Universidad. ¡Por favor! En lo que estamos empeñados hoy es, por un lado, en hacer más eficiente las formaciones técnicas de las diferentes carreras. Y por otro, en perfeccionar y complementar la formación en Artes Liberales, aquella parte de la formación que permitirá a los jóvenes a que aspiren a pasar desde ejecutivos a dirigentes; aquella que hicieron –cuando aún no tenía nombre- Adolfo y Pedro a través de las lecturas y los viajes. Esta formación es la que permitirá a los alumnos relacionarse mejor con el mundo: conocerlo, predecirlo, evaluar las alternativas tan cambiantes que hoy se presentan, tal como en su momento lo pudieron hacer también Adolfo y Pedro.

En el año 2001 se modificó el programa de formación general a lo que ahora llamamos Artes Liberales, cambio que tuvo un objetivo muy potente en cuanto a acentuar la formación intelectual. Ello fue hecho advirtiendo que el mundo se estaba transformando en uno cada vez más cambiante y exigente, por tanto, de capacidades críticas y analíticas superiores.

Hoy estamos empeñados en lograr la mejor síntesis de ambos programas, el técnico con el de formación intelectual, siguiendo nuestro principio de la economía de la educación y ofreciendo el máximo de valor a padres y alumnos. Creo que aún nos falta explicar mejor esta educación dual para que todos la entiendan y la aprecien más, ya que, reitero, lo que nosotros hacemos sigue siendo único y esperamos, por tanto, que sea una importante herramienta competitiva en el futuro. Por supuesto que queremos seguir en una senda de mejora continua tanto en esa área como en la investigación y la docencia. En investigación pretendemos cumplir nuestras metas del plan quinquenal que fueron bien ambiciosas; en docencia, nos gustaría que todos los profesores se terminaran de capacitar en el método para el mejor aprendizaje que hemos puesto en marcha hace ya cuatro años.

La Universidad cumple además, y como siempre, con otro propósito: aportar al país con un sistema educativo moderno y necesario y que las demás universidades no están en condiciones de ofrecer. Es también una explicación de por qué estamos aquí: no nos interesa hacer aquello que todos hacen, sino dedicarnos a la innovación en aquellas áreas en que se estima necesaria. Y aunque estas ideas ya tengan más de 60 años, ellas y su aplicación siguen siendo nuevas y nos gusta mucho poder hacer esta labor desde una universidad privada y sin fines de lucro. Nos sentimos muy orgullosos de ello.





03



---

**PEDRO IBÁÑEZ OJEDA: UN FORMADOR DE ESPÍRITUS LIBRES**

---

Por Lucía Santa Cruz,

Decana Facultad de Artes Liberales Universidad Adolfo Ibáñez

Quisiera agradecer al Rector y al Presidente de la Junta Directiva de nuestra universidad por conferirme el inmenso honor de ser yo quien rinda hoy día un homenaje a Don Pedro Ibáñez Ojeda, al cumplirse, dentro de dos días, el centenario de su nacimiento, en el mismo año en que nuestra Escuela de Negocios, que él fundara, alcanza los 60 años de existencia.

Ello, porque lo que inspirará hoy mis palabras son los juicios que emanan del estudio de su obra, sus escritos y pensamientos, pero confieso que vistos a través de los ojos del cariño. Cariño que nace de inolvidables vivencias y memorias compartidas.

En lo personal, lo recuerdo como una personalidad amplia, compleja, difícil de catalogar, de talante serio, incluso adusto, pero era esa una imagen que se desvanecía cuando sonreía, o incluso reía, con carcajada contagiosa, transformándose en una figura acogedora y afectuosa. Lo veo, elegante, a lo mejor incluso pretencioso, a pesar de su seriedad, obsesivo, incansable, acogedor, cariñoso, sensible, con gran sentido del humor, interesado en todos los temas, en todas las opiniones, especialmente de los más jóvenes, generoso, celebrador, y sobre todo, con la gran virtud de poder separar las discrepancias objetivas de los afectos, lo cual le permitía tener adversarios, pero jamás enemigos; porque además, sostenía que en la vida no se podía tener sólo amigos que pensarán igual y, por el contrario, había que buscar amistades controversiales que permitieran la discusión, la confrontación de ideas y puntos de vista diferentes, la diversidad y, en consecuencia, la práctica de la tolerancia.

Don Pedro Ibáñez Ojeda fue, a ojos de todos los que lo conocieron, un hombre excepcional. Uno de esos raros ejemplos de personas que, por sus actos, dejan un mundo mejor al que encontraron al nacer. Formado en el rigor, en el trabajo personal disciplinado y con un profundo sentido del deber hacia su país y sus compatriotas. Fue empresario exitoso, político determinante en los acontecimientos de nuestro país por muchos años y un gran educador. Hombre de ideas y principios, de fuertes convicciones cívicas y morales, consciente de la necesidad del realismo pragmático, pero sin jamás confundir aquello con la renuncia a lo esencial de las propias convicciones. Siempre reflexivo, con un raciocinio bien fundado y argumentado, tuvo tanta conciencia de la importancia de la libertad como de las responsabilidades que ella conlleva. Su entrega al servicio, a la política, a la comunidad la hizo con generosidad, coherencia, tenacidad y un enorme coraje. Si tuviera que sintetizar su legado me plegaría a las palabras de Oscar Godoy, su discípulo: “Pedro Ibáñez fue un formador de espíritus libres, un hacedor de personas bien plantadas en la realidad y un animador del servicio a la comunidad.”

Fue un hombre representante de la mejor expresión de la palabra civilizado: Dotado para los idiomas, hablaba francés, alemán e inglés y algo de italiano y portugués. Su hijo Gonzalo nos cuenta que gracias a su espartana disciplina y un buen profesor llegó a ser un avezado pianista: “No se arredraba ante complicadas obras de Beethoven, Brahms, Schubert o Mozart”. Era profundo conocedor de la literatura clásica española, recitaba de memoria trozos enteros de insignes poesías hasta poco antes de morir y junto a su mujer, Adela Santa María, se movía cómodamente en los distintos géneros literarios en los idiomas que conocía. Lector de Encina, Joaquín Edwards, Ortega y Gasset, Proust. Amaba la pintura, la escultura, el mar, la buena comida las flores, los jardines, la arquitectura y el paisajismo.

De sus padres recibió una formación en el rigor, la austeridad, el trabajo y la responsabilidad. Quiso su padre que, tras terminar su educación escolar, entrara inmediatamente a trabajar a la empresa familiar, donde no se lo

otorgó lugares de privilegio, sino, por el contrario, hubo de partir asumiendo los trabajos más nimios, de modo que, nos cuenta, pasó el primer año de su vida laboral como junior pegando sobres y estampillas.

Paradójicamente -y él sería dentro de su modestia el primer ofendido por esta comparación-, al igual que Churchill, a quien tanto admiró, quien tampoco tuvo educación superior, pero ganó el premio Nobel de literatura, don Pedro, sin pergaminos ni doctorados, sin, según él, haber hecho hasta entonces ninguna clase, fue el fecundo decano de la Facultad de Comercio y Ciencias Económicas de la Universidad Católica de Valparaíso por 16 años, fue quien dio impulso al proyecto educativo de su padre que se concretó primero, con la Fundación Adolfo Ibáñez en 1951 y luego con la Escuela de Negocios en 1953.

El mandato de don Adolfo era claro: “Tenemos que crear, sin vacilaciones, una escuela universitaria para la formación de dirigentes de negocios. Debemos crearla con toda la profundidad, la visión, atraer a ella, con sana ambición y orgullo, a los mejores muchachos de las futuras generaciones. Esa Escuela debe formar conciencias limpias y rectas, creando el prestigio de que haber aprendido en ella, sea como indiscutible título de moderna nobleza. Debe ser organizada, además con tino superior, para formar hombres cultos, estudiosos, con capacidad de investigación y estudio serio de la economía y los negocios.”

No fue tarea fácil crear la Escuela de Negocios. Partió, como Don Pedro mismo nos cuenta, “sin conocimientos para ello, casi sin alumnos, sin programas, casi sin profesores. Solo tres años después de sus inicios se firmó un contrato en la Universidad Católica de Valparaíso y la Fundación Adolfo Ibáñez y sólo ahí, y solo entonces, comenzó a alcanzar consistencia esa Escuela tambaleante precaria que me cupo el honor de iniciar.”

Los obstáculos jamás doblegaron a don Pedro y, en este caso, su motivación era doblemente potente, pues lo inspiraba el deseo de dotar a

los futuros administradores de empresas de los conocimientos científicos y técnicos que les aseguraran un mejor éxito en sus funciones, pero también quería demostrar que la actividad empresarial, lejos de ser un delito -como se creía entonces- era una tarea indispensable y fundamental para el éxito del país y para sacar a tantos compatriotas de la situación de miseria en que se debatían, producto de desastrosas políticas públicas.

Siguiendo el camino trazado por don Adolfo Ibáñez, fue el primero en entender que “La complejidad de los actos económicos de nuestra época obliga a radicar su estudio al más alto nivel de la universidad. Es la senda del estudio la única que nos conduce a desentrañar los complejos problemas económicos y sociales de la era actual”. Don Pedro sostenía “que las funciones de la empresa no son independientes, sino que están insertas en ese vasto y complejo tejido que constituye la nación”, y en consecuencia, “todo lo que un empresario haga o deje de hacer, su acción, eficiencia, abuso, incitación, creación o negligencia, influyen sobre la nación y recaerán sobre su propia empresa”.

Yo diría que en su vida empresarial se destacó, por cierto, por la innovación, la organización eficiente de sus empresas y el éxito en los negocios. Pero tal vez lo que más repercusión tuvo fue su ethos empresarial que quiso transmitir a través de la Escuela de Negocios. La piedra angular de su ética empresarial era que “los empresarios no deben utilizar su poder para obtener beneficios indebidos”.

Para Pedro Ibáñez, desde sus inicios en los temas públicos, la educación fue, por lejos, el desafío más grande que el país debía enfrentar. En palabras que parecen escritas hoy, nos dice en distintas ocasiones en los años sesenta del siglo pasado: “Solo la educación es capaz de restablecer el equilibrio social”. “Se necesita porque es requisito básico del desarrollo económico y porque sin una labor educativa profunda será imposible restablecer el equilibrio psicológico de los pueblos del continente”; “La educación es el único instrumento capaz

de estimular, perfeccionar y desplegar todas las energías que deciden el destino de los pueblos”; “nuestras preocupaciones deben dirigirse a la calidad y orientación de la educación, más que a la cantidad o mero volumen”; “la educación es un prerrequisito para la igualdad de oportunidades”. Para él, era importante, sobre todo, porque en ella “residía toda la potencialidad del hombre como ser libre, capaz de cambiar la dirección de los acontecimientos con el esfuerzo personal.”

Fue pionero en la concepción de la educación como una actividad que debía ir más allá de la mera profesionalización a través de la transmisión de conocimientos estáticos. Y con claridad enfatizaba, aquello en que nosotros tanto insistimos en nuestro modelo educativo actual, es “prioritaria la necesidad de enseñar a pensar y la de desarrollar la capacidad de reflexión que permiten la visión crítica y la superación de las amenazas que se ciernen sobre la libertad”.

Su filosofía educacional se basaba en el reconocimiento de la importancia de la especialización, por ejemplo, en los temas económicos, pero ciertamente no se limitaba a eso: “La tarea educacional que enfrenta la Universidad habrá de consistir en la formación moral de los alumnos, entendiendo dicho vocablo en la acepción más amplia. Le corresponderá además a nuestra Universidad, difundir un conocimiento que podríamos denominar social, pues comprende un conocimiento de la historia, de los rasgos más profundos y permanentes del comportamiento humano”. Siempre insistió en que sólo la “formación humanística es capaz de dar al hombre de empresa una comprensión de nuestra época y de nuestros conflictos, que le permitan marchar con paso más seguro a través del laberinto de problemas de todo orden a que está enfrentado”.

Pedro Ibáñez fue, por así decirlo, un founding father del concepto de las Artes Liberales, pues, como siempre adelantado a su época, vio los limitantes de la educación meramente profesional: “Los destacados conocimientos

profesionales que imparten las universidades son sin duda esenciales en la sociedad de hoy; pero no son suficientes. Solo una visión universal, aquella que fue y deberá a volver a ser la perspectiva y la misión de la universidad, mejorará la comprensión de los hombres, de la sociedad y del vínculo indisoluble de derechos y deberes, factores esenciales de una convivencia fructífera “.

Pedro Ibáñez fue de los pocos políticos o empresarios que percibieron la importancia de las ideas como factor determinante de los acontecimientos históricos. Sabía que era imperativo enfrentarlas si se estimaban equivocadas y promoverlas si a su juicio eran correctas. Tenía la convicción de que “nosotros somos los maestros y señores de nuestro destino; cualquier cosa que el destino nos traiga será moldeada por nuestras propias manos” y, por ello, no se podía delegar las responsabilidades en otros y menos en las estructuras. Por eso incitaba a que su “generación y, aún más, las generaciones que vienen, deben seriamente comprometerse nuevamente en el estudio de esa casi olvidada disciplina, la filosofía política”. A él lo inspiró en su pensamiento político, la obra de los pensadores austríacos Von Mises, Hayek y, sobre todo, Röpke.

Y a destiempo, contra vientos y mareas, cuando la verdad establecida e incuestionada era el socialismo en sus distintas vertientes, luchó con coraje inusitado por sus convicciones.

Cuando la derecha retrocedía sus trincheras ante la avalancha que representó el auge del pensamiento marxista en Chile, cuando nadie hablaba de economía libre ni de empresa privada ni de los riesgos de la concentración del poder en manos del Estado -y sus administradores los gobiernos- o defendía la existencia de presupuestos fiscales debidamente financiados, o la necesidad de crear estímulos al ahorro y a la inversión etc. etc., don Pedro alzaba su voz solitaria ante la incompreensión incluso de sus correligionarios que lo descalificaban a manera de insulto como “liberal manchesteriano” aludiendo a sus vínculos con los pensadores del liberalismo clásico británico.

“Cuando está en juego la coherencia de una concepción de gobierno –decía- no cabe transacción alguna. Los políticos mediocres, débiles u oportunistas, viven realizando transacciones hasta el punto de que para muchos la política no es otra cosa que el arte de la transacción”.

Los auténticos hombres de Estado se distinguen, porque en cada circunstancia importante juegan, sin vacilaciones ni temores, su situación y su futuro en defensa de la integridad de sus principios. No era hombre que temiera el cambio, aunque reconocía también el valor de la tradición. Reconocía que “las circunstancias cambian y no hay que sorprenderse de ello ni maldecir los cambios.”...”pero siempre teniendo presente que hay valores inalterables”.

Pedro Ibáñez fue un liberal, primer chileno miembro de la sociedad Mont Pélerin -que agrupaba a los grandes pensadores liberales clásicos del siglo XX- y, como buen liberal, era suspicaz ante el poder, por sobre todo, frente a la capacidad de abuso que tienen los gobiernos si concentran todo el poder, pero explícitamente incluía también a los monopolios y a las grandes concentraciones de la riqueza que pudieran afectar la libertad individual. Su liberalismo, sin embargo, no incluía una visión irreconciliable entre mercado y Estado, pues entendía el papel de éste en suplir algunas deficiencias naturales que le son inherentes. Es más, su defensa era de los mercados libres y competitivos, y no necesariamente de las empresas y los empresarios. Así, por ejemplo, durante la crisis de la banca, cuando muchos tendían a cerrar filas en defensas corporativas, él insistía en la importancia de que en las instituciones financieras no hubiera personas ni grupos en condiciones de abusar de recursos ajenos en favor de negocios propios y argumentaba: “Los comportamientos financieros sólo se podrán alcanzar cuando se restablezcan y complementen exigentes limitaciones legales y se apliquen sanciones ejemplares a quienes hayan burlado la ley” y lamentaba que poco o nada se hubiera avanzado en esta materia.

Pedro Ibáñez se dejó cautivar por la filosofía política, pero fue por sobre todo un hombre de acción y un político ejecutor. Como solía decir a sus jóvenes discípulos políticos: “Nadie hará mañana lo que nosotros dejemos de hacer hoy”.

Su vida política se inició en 1960, cuando ingresó al entonces Partido Liberal. Fue Senador por Valparaíso por 13, años, electo con grandes mayorías, participó activamente y con éxito en numerosas comisiones parlamentarias. En 1966, ingresó al Partido Nacional, del que fue miembro hasta 1973. Más tarde, desde 1976, fue integrante del Consejo de Estado y hacia 1983 fue uno de los fundadores de Unión Nacional, que luego pasaría a ser el Partido Renovación Nacional.

Consciente de la interdependencia entre la economía y la política, pensaba, al igual que Erhard, que “eso que se llama política económica no existe. Solo existe la política. Cuando hay política, la economía se inserta en el orden. Cuando no la hay, no existe ninguna política económica que pueda ser eficaz”. Consecuente con ello repudiaba vigorosamente “el individualismo egoísta y el colectivismo asfixiante” que son los mayores enemigos de la libertad. Valoraba como esencial el funcionamiento de los partidos políticos organizados, fuertes abiertos y participativos, necesarios para orientar a la opinión pública con programas basados en ideas y principios.

Tuvo el gran mérito de poner las habilidades y técnicas empresariales al servicio de la organización política. Lo conocí el día de las elecciones de marzo de 1973 y no olvidaré nunca su reacción cuando alguien se le acercó a felicitarlo por la suerte del resultado de ese día en la elección de Valparaíso: “No-contestó con vehemencia-. Eso no es suerte, no se debe a la suerte. En política no hay suerte: hay organización”.

Y organizar a la derecha, incluso en esas épocas tan desafiantes, no era fácil. Como decía él: “Nuestras primeras energías debemos gastarlas en vencer



la pereza mental, el egoísmo o la indolencia de nuestra propia gente”. Y los animaba a “cumplir con sus deberes ciudadanos, a representar en la vida pública el pensamiento y la concepción de vida de la derecha” y, lo que ha sido el papel de la derecha siempre, “a contribuir al mejor equilibrio de las fuerzas políticas dentro del régimen democrático”.

Y tenía la autoridad moral para convocar. Al entrar en política abandonó sus negocios y la administración de sus empresas para dedicarse enteramente al servicio del país, según él, para evitar conflictos de interés o tráfico de influencias. Pero con igual fuerza denunciaba, en 1964, los riesgos de ejercer influencias perversas dentro de la actividad política e insistía: “Los partidos políticos deben desasociar el poder público de su ejercicio en favor de cualquier interés electoral y concentrar sus esfuerzos en la solución de los grandes problemas del país.” Rechazaba la concepción clientelista de la política y consideraba “una gravísima falta de respeto presionar mediante dádivas, favores o amenazas” a los ciudadanos durante las elecciones. Nunca tuvo clientela política y “siempre rechacé la idea inmoral de hacer servicios políticos con el dinero del Estado. Es “incorrecto usar el poder de los cargos para influir en la elección”. Insistía también en que “los políticos no deben subordinar su juicio independiente, al juego de intereses económicos”.

Con vigor, en lo que a mi juicio es su cita más memorable, reclamaba: “Los cómodos, los que no piensan, los que eluden su responsabilidad, los que no actúan porque no aceptan el sacrificio y el riesgo, no tienen destino. Para quienes se comporten así, no hay porvenir ni en Chile ni en ninguna parte. Quienes persistan en la pasividad y rehúyan las luchas de nuestra época pueden prepararse para desaparecer, tal vez sin pena ni gloria y hasta ignominiosamente, como se extinguen los que no tienen razón de existir. El futuro...es para los que tienen fe y se entregan a su causa sin sacar cuentas mezquinas”.

Y desgraciadamente, entonces, al igual que hoy, muchos de sus correligionarios clasificaban, al menos, entre “los cómodos”. Don Pedro tuvo valentía y entereza para enfrentar a los suyos con el mismo vigor que a sus adversarios, denunciando a aquellos sectores económicos que buscaban situaciones de privilegio y poder al amparo del Estado. Estaba cierto “que en la raíz del mal está la ausencia o el abandono de las responsabilidades públicas por parte de muchos de los mejores hombres de Chile”. Y agregaba: “Los sectores sociales representados por los partidos tradicionales se desvincularon progresivamente de sus responsabilidades públicas y se circunscribieron a sus actividades económicas privadas” renunciando “de las bases intelectuales y morales de la Republica”.

Estuvo entre los primeros en lamentar que el gobierno militar significara una nueva generación carente de conocimientos y responsabilidades cívicas. Cuando se vislumbraban los primeros signos de una transición a la democracia declaró públicamente: “El respeto a la verdad, nuestro claro propósito de no engañar a nadie y una elemental prudencia nos deben llevar a proclamar el régimen político democrático como el camino para que la ciudadanía reasuma sus responsabilidades cívicas”. Agregaba que eso requería de “una nueva clase política que posea la abnegación, conocimientos, espíritu público, capacidad de sacrificio y ejemplaridad para despertar esas virtudes en amplios sectores sociales”. E insistía: “La ciudadanía tiene que preocuparse del destino del país y los políticos comportarse a la altura de las responsabilidades que les van a ser conferidas.”

“Una de las preocupaciones más importantes y apremiantes que deben tener todos los chilenos es organizar fuerzas políticas civiles, porque el gobierno militar va a terminar un día y es extraordinariamente peligroso e inconveniente la inexistencia de fuerzas políticas civiles debidamente organizadas y debidamente preparadas para hacer frente a esa contingencia y asumir las responsabilidades cívicas que a ellas les corresponden.

Por eso en las postrimerías del gobierno militar estuvo entre los primeros en volcar sus energías en la reorganización de una fuerza política de derecha. Como decía él, había que constituir un grupo que no aspirara a ser simplemente los herederos del gobierno militar. “No tenemos vocación de herederos”, le dijo a Raquel Correa en una entrevista. De igual forma, se vanagloriaba de la independencia y autonomía frente al gobierno militar de los jóvenes que comenzaban a aunarse en Unión Nacional en 1982 y señalaba: “Nuestra gente se ha criado a la intemperie, sin pisar los protegidos y calefaccionados corredores de palacio. Tampoco desempeña preferentemente oficios municipales ni se ubica en la burocracia de los aparatos paragubernamentales.”

Cuenta Roberto Palumbo que, cuando junto a Andrés Allamand, Alberto Espina, Juan Luis Ossa y otros, fundaban este primer partido de derecha durante el régimen militar, lo convidaron a participar en él. Aceptó. Pidió 15 días, porque su idea era no entrar sólo. Al cumplirse las dos semanas, había recorrido todo Valparaíso y Aconcagua, enviado más de 1000 solicitudes de ingreso, constituido directivas en todas las comunas y organizado un consejo general que se realizó, por supuesto, en Viña, cuando no habían pasado más de 30 días. Dice Roberto Palumbo: “Trabajé como un militante más, sin pedir honores ni privilegio...como un simple obrero, preocupado de todo, la organización interna, declaraciones, capacitación, finanzas, estaba en todo y en todas”. Y fiel a su convicción respecto a la importancia de las ideas y la argumentación, publicaba una revista de análisis político llamada Renovación, que alcanzó a tener 88 mil ejemplares.

Es posible afirmar con certeza que, junto a otros, Don Pedro Ibáñez fue instrumental en la exitosa transición política que permitió crear los entendimientos y acuerdos que llevaron a la restauración democrática. Apoyó las entonces incomprensibles iniciativas de Andrés Allamand para incorporar las fuerzas de la derecha democrática al Acuerdo Nacional; apoyó incondicionalmente las reformas constitucionales del 89 y los acuerdos con

la entonces oposición para fortalecer el proceso de cambio. Desde su ingreso a la política y desde el senado fue siempre un actor principal en la defensa del Estado Liberal y de la economía de mercado

El País, que tanto quiso, le debe mucho a Don Pedro. Él creía en la autonomía personal como base fundamental de su filosofía política, pero era igualmente capaz de convertirse en el más disciplinado militante de su partido, porque concebía al individuo como agente principal de la historia, pero siempre inserto en una comunidad con la cual debía cooperar y a la cual debía servir. Jamás buscó protagonismos o recompensas personales. Jamás sacrificó sus convicciones morales o políticas ni por beneficios personales ni con fines electorales.

Y hoy, tanto como en las épocas más aciagas, o más que nunca, nos faltan políticos, empresarios y educadores como él. Desde esta tribuna, en representación de quienes tratamos de continuar modestamente la senda que él y su padre forjaron para la Universidad Adolfo Ibáñez, me uno con entusiasmo a la celebración de sus 100 años.







04



---

## **RECUERDOS DE UN PADRE VISIONARIO**

---

Por Gonzalo Ibáñez Santa María

En el centésimo aniversario de su nacimiento, son muchos los recuerdos de su vida que se agolpan en la memoria de un hijo como yo y que pugnan por ser expresados. Pero, sobre todo, se hace imperioso agradecer a Dios por haberlo tenido como padre y a él por lo que significó para cada uno de nosotros, sus hijos.

Dentro de los límites de una exposición como ésta, quiero subrayar algunos hitos de su vida que me parecen especialmente importantes, porque en ellos nos mostró su vocación para enfrentar circunstancias adversas y, a la vez, marcar un rumbo que los hechos posteriores confirmaron como extraordinariamente acertado. El paso del tiempo no ha menguado para nada la actualidad de las decisiones que él adoptó en cada uno de esos momentos.

### **La Escuela de Negocios de Valparaíso**

Don Pedro Ibáñez Ojeda fue un muy competente hombre de negocios que se incorporó a la empresa familiar a temprana edad y alcanzó en ella las máximas responsabilidades. La consolidó y la expandió de manera notable. Pero hubo un momento en que advirtió que en el Chile de entonces no bastaba con ser un buen administrador para hacer prosperar un emprendimiento, crear riqueza y asegurar el trabajo y el sustento de quienes le colaboraban. A comienzos de la década de 1950, la prédica antiempresa hacía furor y ya se teñía del componente marxista de lucha de clases. Fue en ese contexto cuando don Pedro advirtió con claridad cómo ese rumbo llevaría al país derechamente a la ruina económica, con sus nefastas consecuencias.

Don Pedro no necesitó que le recordaran la “opción preferencial por los pobres” para actuar. Reconoció el peligro, especialmente para ellos, y se decidió a enfrentarlo sin dudas ni vacilaciones. La creación, en 1953, de la Escuela de Negocios de Valparaíso, nació no sólo para dotar a los futuros administradores de empresas de los conocimientos científicos y técnicos que les aseguraran un mejor éxito en sus funciones, sino para mostrar que ser hombre de negocios no era ningún delito -como se creía entonces-, sino que era una tarea indispensable y fundamental para el éxito del país y para sacar a tantos compatriotas de la situación de miseria en que se debatían producto de las desastrosas políticas socialistas y estatistas entonces en boga.

Esta era una preocupación compartida en el seno de la familia y un tema que había conversado largamente con su padre, don Adolfo Ibáñez Boggiano, y con sus hermanos, sobre todo, con Manuel. También había un sacerdote, el padre Jorge González Foster s.j., que estaba preocupado por el mal rumbo que en esta materia adoptaba el país. El entonces rector de la Universidad Católica de Valparaíso invitó a don Pedro a sumarse al claustro académico de esa casa de estudios como Decano de la Facultad de Comercio. Esa fue la ocasión ideal para que los hermanos Ibáñez Ojeda crearan la Fundación Adolfo Ibáñez que, en convenio con la UCV, se preocuparía de organizar la nueva Escuela de Administración de Empresas de esa Universidad bajo el nombre de Escuela de Negocios de Valparaíso.

Fue, definitivamente, “una pica en Flandes”. Un pica en el ambiente antiempresarial que se infiltraba en el cuerpo del país como veneno ponzoñoso. La bandera de la libertad de empresa se enarboló en nuestro primer puerto cuando en todas partes se vituperaba la acción de los empresarios. Fue el punto de partida de una resistencia muy ardua que, décadas después, consolidó como política nacional de crecimiento y desarrollo una fundamentada en la economía de mercado y en las iniciativas empresariales.

## El Partido Nacional

La preocupación de don Pedro por el camino político que transitaba el país comenzó muy temprano, aunque en un comienzo su participación en esa arena se caracterizó por ser de bajo perfil. Personalmente, tengo un vago recuerdo de su apoyo a la candidatura presidencial de Arturo Matte Larraín en las elecciones presidenciales de 1952. Fue, sin duda, la campaña de Jorge Alessandri, en 1958, la que lo motivó a embarcarse más resueltamente en esta confrontación. Ya no tenía duda de que los problemas cada vez mayores que enfrentaba el país y, en él, la clase más humilde, tenían como fuente la pésima política que entonces se practicaba. La demagogia hacía estragos en la economía nacional y sepultaba cualquier esperanza de un futuro mejor. Movidó por esta preocupación, aceptó asumir como Presidente del Banco del Estado cuando don Jorge Alessandri fue electo Presidente de la República y, en 1961, a postular a senador como representante del Partido Liberal por la circunscripción de Valparaíso y Aconcagua.

El remezón fuerte vino en 1965, cuando la derecha pagó muy caro su debilidad de haber apoyado el año anterior la candidatura presidencial de Eduardo Frei Montalva, del autodenominado partido Democracia Cristiana. Ese conglomerado arrasó en las elecciones parlamentarias de entonces y redujo a los partidos Conservador y Liberal a la más mínima expresión concebible. Por sí solo ese hecho no hubiera revestido una especial gravedad, pero además la Democracia Cristiana, abusando de manera grosera del nombre de Cristo y del generoso apoyo que le brindó parte importante de la jerarquía eclesiástica y del clero de entonces, apuró la confrontación social hasta llevarla a un grado de exacerbación y de polarización extremo. También embarcó al país en un proceso de transformaciones demagógicas y utópicas que lo condujeron al borde de una quiebra total. Como siempre, fueron los más pobres los que pagaron el grueso de la cuenta por los enormes perjuicios que tan graves errores provocaron.

Don Pedro advirtió que con los viejos partidos de la derecha chilena –muy culpables de un proceso de decadencia nacional que comenzó en 1891- era imposible revertir la situación. Fue así cómo se empeñó en la creación de una nueva fuerza política en cuyo fundamento se conjugaran la defensa de una libertad fundada en la prudencia y el rescate de los más humildes de la explotación despiadada de que eran víctimas por partidos que mentirosamente decían representarlos y defenderlos. Tales partidos, originalmente el comunista y el socialista y a los cuales se sumó a muy poco andar la Democracia Cristiana, sólo trataban de emplear la fuerza de los pobres como ariete para conquistar el poder político sin importarles para nada la suerte posterior de ellos. Para hacerles frente, don Pedro, entre otros que lo acompañaron en la aventura, propuso una fuerza política que tratara de procurar la armonía social y el despliegue de las capacidades de cada uno como las mejores herramientas para lograr el desarrollo.

Con gran esfuerzo, este nuevo partido, el Partido Nacional, inició su participación en la confrontación política, alcanzando muy pronto una situación expectante. El más duro revés provino de sus propias espaldas cuando de cara a la elección presidencial de 1970, el candidato obvio de derecha, el mismo Jorge Alessandri, se dejó convencer por amistades empresariales de que su candidatura sería más exitosa si ellos la manejaban y reforzaban en el mensaje su condición de independiente. Al Partido Nacional se le redujo así a un papel secundario en la tarea fundamental de recuperar la Presidencia de la República: se despreció la experiencia en beneficio de una utopía ideológica que, por supuesto, no alcanzaba a esconder la ambición de esos “independientes” por hacerse de una situación política sobre la base de subirse a un carro que con toda seguridad creían sería el de la victoria. Demás está decir que la estrategia fracasó de manera estrepitosa y que lo único que resultó de ella fue el triunfo de la candidatura marxista que, ya en la presidencia, no vaciló en someter al país y a su gente a un experimento de neto carácter totalitario que lo condujo a poco andar a la peor de las ruinas que haya conocido.

Fracasada la candidatura de Alessandri, el Partido Nacional volvió a la primera fila de la resistencia y en ella a nuestro padre le cupo una tarea primordial durante los tres años que duró el gobierno socialista y comunista. Pero ya estaba visto que la confrontación se había escapado de los cauces democráticos y que el designio marxista de hacer de nuestra patria una segunda Cuba y de atarla al carro de la Unión Soviética era implacablemente aplicado por el Gobierno al precio de la destrucción del país y de la pauperización de sus habitantes. Fue necesario recurrir a nuestras Fuerzas Armadas y de Orden para que pusieran término a tan nefasto experimento.

### **La misión de la Universidad Adolfo Ibáñez**

La experiencia fue dura, pero aleccionadora. Los años que transcurrieron entre 1970 y 1973 enseñaron que un gobierno, más allá de mayorías o minorías, no puede conducir a un país en cualquier dirección, aunque respete los requerimientos formales de la legalidad vigente. La estructura de una nación dispone de una naturaleza a cuyo servicio se encuentra la autoridad política, naturaleza que deriva en última instancia de la propia entidad de las personas que forman esa nación. Es decir, la experiencia del régimen marxista, consecutiva en el tiempo a los disparates del gobierno demócrata cristiano, mostró que para ser beneficioso, el ejercicio del poder político requiere de una especial sabiduría que le dé sustento y que lo oriente en sus decisiones. Que, por lo tanto, es menester preocuparse del estado de la cultura de un país para contribuir a la formación del acervo de conocimientos necesarios para una gestión exitosa, tanto del gobierno político como de la actividad libre de cada una de las personas que forman parte de ese país. Necesarios, llegado el momento, para colaborar eficazmente con el gobierno o para ejercer una sana crítica de sus políticas y, si las circunstancias así lo exigen, de oponerse a esas políticas o, in extremis, resistirlas.

En este marco, don Pedro tuvo especialmente a la vista la necesidad de dotar al ejercicio de la libertad empresarial de un acervo de conocimientos

que no sólo lo afianzaran como el mejor instrumento para crear riqueza y derrotar a la pobreza, sino para evitar que en el ejercicio de esa libertad se produjeran abusos y distorsiones que podían costarle muy caro a la población del país.

Estas fueron las razones que motivaron la transformación de la antigua Escuela de Negocios de Valparaíso en la Universidad Adolfo Ibáñez que se concretó al concluir la década de 1980. En ese entonces, la Escuela había alcanzado un lugar de privilegio entre las que, no sólo en Chile sino en el continente, se dedicaban al cultivo y a la trasmisión de las ciencias empresariales. Sus programas de pre y posgrado se inscribían entre los más requeridos por los alumnos nacionales y extranjeros deseosos de formarse en esas disciplinas. Ese fue “un” éxito muy grande de la Escuela de Negocios de Valparaíso, pero “el” éxito paradigmático, su éxito por excelencia –que se consiguió, fundamentalmente, gracias a la clarividencia de don Pedro-, consistió en lograr que disciplinas que en esa época se encontraban en una situación de “parias” en el concierto universitario, pasaran a ser consideradas de gran prestigio.

Ahora se trataba de dotarlas del entorno cultural que afianzara su vigencia y, a la vez, orientara el ejercicio de sus contenidos hacia el bien común y el progreso para todos. La Escuela de Negocios cumplía con creces el cometido que se le fijó en su origen y podía, por supuesto, continuar con su tarea. Pero el espíritu que en el ya lejano año de 1953 había presidido su creación pugnaba por apuntar más alto; las circunstancias exigían ahora ir más allá. Ese fue el sentido de la transformación de la Escuela de Negocios en la Universidad que lleva el nombre de su primer inspirador.

Pero a don Pedro, se le acababa el tiempo. El paso que hemos reseñado fue el último que alcanzó a dar en su fecunda vida antes de que un violento accidente vascular en noviembre de 1991 lo retirara de toda actividad pública y dejara en manos de sus sucesores el cumplimiento de la misión que dio

origen a la Universidad. Con todo, durante los casi ocho años de postración que siguieron a ese accidente, le estaba reservado jugar todavía un importante papel: el de centro de vida familiar y de unión, sobre todo, para su camada de nietos que crecieron juntos en torno a la figura de este patriarca que semana a semana los convocaba a su residencia del Cerro Castillo. El 29 de junio de 1999, festividad de San Pedro y San Pablo, el Señor lo llamó junto a Él.

Don Pedro no vivió lo suficiente para presenciar cómo sus temores frente a una crisis cultural se hacían realidad y confirmaban así la certeza de sus intuiciones y decisiones. Es lo que ha sucedido en nuestra patria con el retorno de las ideologías como sucedáneos de una auténtica sabiduría.

Desde luego, mientras la práctica de una sana economía de mercado ha seguido cosechando éxitos y trayendo prosperidad a chilenas y chilenos, la clase política con rapidez ha dado muestra de un vacío intelectual de proporciones donde el lugar de la cultura ha sido progresivamente ocupado por consignas y slogans huecos y demagógicos que, entre otros desatinos, ya no disimulan su aversión a ese tipo de economía que tanto progreso ha traído. Es el caso del clamor por una igualdad tan utópica que hasta relega a la justicia a un papel secundario y de la cual bien se podría prescindir. Es un clamor para el cual parece ser indiferente quién gestione los bienes, pague impuestos o genere empleos. La proclama es: quitémoslos de las manos que con tanto esfuerzo los han multiplicado en beneficio de todos. La presión sobre las tasas de impuestos ya ha significado una merma en el ahorro privado y en la inversión y, por cierto, de acentuarse esta tendencia, el crecimiento del país se verá directamente amenazado. Como siempre, serán los pobres los que primero pagarán la cuenta.

Tampoco vivió don Pedro todo el proceso de pauperización intelectual que ahora lleva al país a presenciar impávido cómo avanzan las posiciones de un ideologismo tan extremo como el que subyace en la demanda por una Asamblea Constituyente que dé a chilenas y chilenos una nueva

constitución que, ¡por fin! sea expresión de nuestra propia voluntad. Como si Chile no estuviera suficientemente constituido y como si de acuerdo a esa constitución real –no de laboratorio como la que sueñan los ideólogos- no hubiera transcurrido una vida común de varios cientos de años y de muchas generaciones de cuyo esfuerzo hoy somos beneficiarios. Después de pasar por duras experiencias, hemos vivido en nuestra patria un largo período de paz y de prosperidad. Para los ideólogos, en cambio, como este progreso y esta paz no han tenido lugar bajo sus postulados, ellos no son tales: hay, pues, que hacer tabla rasa y comenzar todo de nuevo.

Pero el golpe más fuerte ha venido, aunque parezca paradójico, de grupos que son protagonistas en el mundo empresarial. La repetición insensata de los dogmas de Adam Smith en el sentido de que no hay que preocuparse si los agentes económicos privados buscan con su actividad un beneficio sólo para ellos, porque una mano invisible se encargará de hacerlos converger en beneficio común, ha sido aprovechada para provocar dos enormes crisis mundiales. La primera fue la del año 2008, subprime, y la segunda, la de la deuda soberana que todavía azota a países europeos como España, Italia, Grecia. En ambos casos, agentes económicos privados, de los más importantes del mundo, dejaron de lado expresamente las enseñanzas de las ciencias económicas y empresariales. Fueron ellos los que se embarcaron en maniobras de insana especulación que, en definitiva, han provocado la pérdida de millones de empleos, la evaporación de los ahorros de millones de personas y la ruina de empresas y de naciones enteras. Frente a estas tragedias, ha sido especialmente doloroso el silencio de muchas y muy importantes escuelas de negocios en cuyas aulas precisamente se formaron los principales responsables de estos desastres.

No se predica la libertad de empresa para amparar semejantes disparates ni se luchó tanto contra el comunismo para terminar reproduciendo las condiciones que en su momento le dieron alas.



## Don Pedro y el puerto

En toda su larga vida, a pesar de las enormes responsabilidades que se echó encima y de la necesidad de estar presente en Santiago, él nunca renunció a su pertenencia a la comunidad porteña de Valparaíso y Viña del Mar. La casa de sus padres en Recreo, donde transcurrió su niñez y buena parte de su juventud, y la que construyó en el Cerro Castillo, donde vivió su matrimonio, la formación de su familia, la parte principal de su actividad profesional, educativa y política, y donde falleció, fueron siempre sus residencias principales. Este no es un dato menor para explicar su conducta, la transparencia de sus propósitos y la perseverancia en la tarea de hacerlos realidad.

Don Pedro nunca se asimiló a la forma capitalina de vivir, de hacer negocios o política. Desde muy joven le pareció fundamental mantenerse abierto al mundo y superar el estrecho marco que para muchos significaba -y significa- vivir encerrados entre la Cordillera de Los Andes y la Cordillera de la Costa. Ese era, por lo demás, un rasgo profundo del carácter porteño hasta mediados del siglo pasado, momento en el cual el centralismo agobiante propio de las políticas socialistas y estatistas que se habían aprobado y que se practicaban en Santiago, terminó por destruir la identidad de las regiones.

Pero don Pedro no cejó: por eso la Escuela de Negocios que él fundó fue de Valparaíso, porque quería que quienes en ella se formaran no sólo dispusieran de las herramientas conceptuales para ser exitosos en el cumplimiento de sus tareas profesionales, sino que se empaparan del espíritu porteño que durante un siglo y medio había sido el gran motor del desarrollo económico del país. Que fueran independientes frente a la costumbre imperante en Santiago de vivir pensando en las modas.

Ya como alumno del Liceo Eduardo de la Barra de Valparaíso, don Pedro se preocupó por dotarse del mejor conocimiento posible en idiomas.

Ahí fue donde alcanzó el dominio tanto del inglés como del alemán, las dos lenguas universales necesarias para desenvolverse en comunidades de negocios más allá de las fronteras chilenas. Poco después vino el francés y luego algo de portugués y de italiano. Estas herramientas fueron clave en su interés de no concentrarse únicamente en una actividad propia del ineficiente sistema económico imperante, esto es, tratando vanamente de sustituir las importaciones, sino de abrirse a como diera lugar a los mercados mundiales. Eso explica por qué junto a su padre desarrolló de manera pionera la fruticultura en el campo familiar de Colunquén, vecino a San Felipe, en el valle del Aconcagua.

No es difícil apreciar en los problemas que comienza a enfrentar el país, y que reseñamos más arriba, la presencia de signos de la ya clásica intoxicación capitalina, especialmente en el campo político, en donde las pugnas por el poder enfrentan a distintos sectores de la capital que, para conseguir sus propósitos, no vacilan en disfrazarse con diferentes ropajes ideológicos. Por eso el escepticismo que los rodea. El país siente el peligro, aunque no logra definirlo con claridad. Hoy, la amenaza es la de comenzar a repetir los errores que nos condujeron de bruces a la crisis del 11 de septiembre de 1973. Dios quiera que la reflexión sobre la vida de una persona como don Pedro Ibáñez Ojeda nos ayude a salir airoso de los desafíos que nos ofrecen las circunstancias por donde discurre hoy día la vida de nuestra patria.





**UAI**  
**UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ**